

DIEGO PRADO

**SUMMERTIME
BLUES**

DIEGO PRADO

SUMMERTIME BLUES



algaida



Primera edición: 2021

© Diego Prado, 2021

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-509-1

Depósito legal: SE. 942-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mi hijo Víctor,
que empezó a crecer en la barriga de su madre
casi al mismo instante en que nacía este libro.*

*Hace mucho, mucho tiempo...
No recuerdo cómo,
aquella música solía hacerme sonreír.*

«American Pie», DON MCLEAN

Esta novela parte de un hecho totalmente verídico: la prematura muerte en 1960 del ídolo juvenil del *rock and roll* Eddie Cochran a bordo de un taxi; y la posterior custodia de su guitarra por parte de un policía adolescente llamado David Harman, el cual llegaría a dedicarse también a la música. Sin embargo, a partir de aquí, realidad y ficción se confunden y se mezclan, como en la vida misma, y por tanto deberá ser el lector quien determine lo que debe creer como cierto y lo que ha de tomar como pura invención.

UNO

NO SE PUEDE CONFIAR EN ESA GENTE QUE NO TIENE obsesiones. Al menos eso era lo que había pensado siempre el viejo Nick Prom que, despanzurado en su desvencijada butaca, no exenta de algún que otro cráter de cigarrillo, se reafirmaba en su opinión mientras se acariciaba la zona del corazón con la mano.

—Vivir, sin ir más lejos, ya es una obsesión, así que no tener ninguna es como estar muerto, hueco por dentro, ¿no cree usted? Pues bien, toda mi existencia ha girado en torno a dos de ellas: hacer buena música y encontrar la guitarra robada de Eddie Cochran.

Joan observó al hombre con más detenimiento. Aunque calculó que tendría unos sesenta y pocos años, exhibía aún un resto de esa coquetería que ciertos galanes otoñales despliegan frente a una mujer mucho más joven que ellos. No le quedaba mucho pelo, pero era como esos viejos músicos que intentan disimular la alopecia dejándose unas largas greñas desordenadas, con un aire de per-

dido profeta bíblico, uno de esos hombres que intentan infructuosa pero decididamente luchar contra el tiempo manteniendo en lo posible el atuendo juvenil de antaño. Las manos, sin embargo, delataban la veteranía del que había pulsado infinidad de veces las cuerdas de un bajo. Eran unas manos dignas de un lienzo del Greco, nervudas y alargadas, apenas un ensayo de las del cadáver que se obstinaba en asomarse ya tras una piel castigada por los excesos y el tabaco.

El hombre pareció adivinar el interrogante de la mujer y recalcó sus últimas palabras:

—Robada, sí. Supongo que ya lo sabía.

Joan arqueó una sola ceja, como solía hacer sin darse cuenta cuando la invadía cierto escepticismo.

—Algo leí de eso —balbució—. Pero tenía entendido que antes de desaparecer, la guitarra quedó al cuidado de uno de los policías que acudieron al lugar del accidente...

—Y así fue —confirmó el músico, adelantando una palma de su enorme mano, como si pidiera limosna o quizá algo de tiempo para contar su historia—. La custodió Dave Harman, luego conocido también como Dave Dee. Pero hace tanto de aquello que necesito un minuto y un trago para recordar.

La mujer guardó silencio, como si con ello le estuviera animando a continuar, a cruzar el umbral del pasado. Nick Prom se sirvió otro *whisky* y dio un corto sorbo para posar inmediatamente la vista sobre una de las muchas fotografías que adornaban la pared. Con gesto falsamente enérgico, levantó entonces el brazo y la tomó por

el marco, acercándosela a los ojos, como si en ella fuera a leer su propia vida. Luego se la mostró a Joan, que pudo observar en la imagen sepia a un joven Prom con tupé agarrando del hombro al propio Eddie Cochran, ambos sonriendo con aquella temeridad del que desconoce aún su destino.

—Esta se debió tomar hacia el sesenta —dijo, y la devolvió con cuidado a su lugar—. En realidad, todo aquello sucedió unos años antes de la llegada de los cuatro escarabajos, ya me entiende. En esos días el *rock and roll* era algo más que una simple música para adolescentes: era una manera de entender y enfrentar la vida. Aquella música era el centro de nuestra existencia, ya sabe. Yo vivía pegado a una radio, desde la cual escuchaba por las noches las emisoras negras y también los programas de *country*. No era muy buen estudiante, pero se me daba bien la música. Así que empecé a practicar con un bajo de segunda mano, por mi cuenta, intentando copiar lo que oía. A los quince años o así me junté con unos compañeros de instituto y formamos un grupo, The Shirkers. Ensayábamos en el granero de los padres del cantante para desesperación de las gallinas, y llegamos a hacer algunos bolos por locales de la zona. Únicamente versionábamos, claro, pero eso me dio tablas, experiencia y, sobre todo, confianza en mí mismo. Comprendí pronto que, a falta de mejores aptitudes, aquello podía ser un medio de vida. No era peor que ser electricista, como mi padre. Y si uno era listo, había pasta a ganar. Eran años de gran efervescencia musical, aparecían cada día grupos nuevos que se disolvían con la misma rapidez que se fundaban, y uno

entraba y salía de formaciones de lo más dispar. Siempre hacía falta un bajista en alguna parte. Toqué con gente de poca monta como The Poors, Jack Silly and The Little Fools, The Foxys... Finalmente, por medio de un productor que me había escuchado tocar en un garito, entré en contacto con la Bell Sound de Nueva York, que andaba buscando un bajista de estudio. Y para allá me fui. Fue una experiencia interesante para un chaval de pueblo como yo, que apenas había cumplido los dieciocho. Aparecí, sin ser mencionado, en algunas buenas canciones. ¿Conoce «There's a moon out tonight» de The Capris?

La mujer negó, aunque sin rotundidad.

—Fue el mayor éxito del grupo, un quinteto italoamericano de *duduá*. En fin, mi bajo está en esa canción, y en otras muchas. Ganaba dinero, sí, pero a mí me gustaba el escenario, la carretera, ya sabe. Así que, en cuanto me hablaron de la posibilidad de irme de gira a Inglaterra como músico de apoyo en la banda de Eddie Cochran, no me lo pensé dos veces. Nunca había estado en Europa, claro, y aquella era una oportunidad de oro. Aparte de que tocar con Cochran suponía un gran honor.

»Eddie tenía dos años más que yo y se hallaba en el cénit de su corta carrera. No solo era un excelente guitarrista y un compositor inspirado, sino que poseía aquel magnetismo especial que únicamente tienen las verdaderas estrellas, ese algo distinto que yo nunca tuve. Conectaba con el público, especialmente con el femenino, y decía en sus canciones aquellas cosas que la gente joven quería oír. Era la última gran esperanza blanca del *rock and roll* tras la muerte de Buddy Holly. Provenía del en-

torno *rockabilly* y supo adaptar esa fuerza al *rock and roll*. Su gira en Inglaterra despertó gran expectación, puesto que se le consideraba el heredero de Elvis y, como seguramente sabrá, el Rey, a pesar de tener miles de fans allí, jamás llegó a actuar en Inglaterra. A pesar de todo esto, Eddie era un sencillito muchacho de Minnesota, muy apegado a su familia, al que le gustaba poco viajar y ausentarse, y cuando yo le conocí estaba además traumatizado por la muerte de su buen amigo Holly, que se había estrellado con una avioneta un año antes junto a Ritchie Valens y The Big Bopper. Bueno, de eso se ha hablado mucho, ¿no? El día en que murió la música y toda esa patraña... En fin, ya forma parte de la leyenda negra del rock.

»La cosa es que nos embarcamos en aquella gira británica que llevaba como cabezas de cartel a Cochran y nada menos que a Gene Vincent, que había actuado con éxito allí un año antes. A los ídolos americanos debían arroparlos grupos y artistas británicos emergentes. Recuerdo que entre ellos estaba un talentoso joven, Billy Fury, hoy me temo que bastante olvidado. Y de comparas íbamos los músicos del conjunto, por supuesto. Vincent estaba despendolado, era adicto a todo y necesitaba a alguien que lo controlase. Ese era Eddie, un tipo sociable pese a su imagen de rebelde, con quien hice buenas migas y del que aprendí, como muchos otros músicos británicos que andaban por allí, no pocos secretos en esto de tocar. Tenía un carisma entrañable y unos dedos endiablados, el condenado.

El músico calló un momento, como visualizando todo cuanto iba desgranando. Joan observó sus ojos, de-

masiado pequeños y brillantes para unas cuencas tan pronunciadas y una cara más bien chupada. Prom aprovechó la pausa para acabar su vaso y encender un cigarrillo. Le ofreció la cajetilla a la mujer, que la rechazó amablemente.

—En definitiva —continuó mientras exhalaba el humo—, que en las islas los esperaban como dioses. Si mal no recuerdo, empezamos la gira un domingo, en un cine acondicionado para la actuación. Hacía un frío de mil demonios y Eddie andaba malhumorado y añorante del calorcito californiano. Y a medida que fueron pasando los días, su melancolía fue en aumento. Hoy no creo que me equivocara si afirmase que, en realidad, lo que venía arrastrando era una seria depresión desde la muerte de Buddy, Ritchie y Bopper, a quienes dedicó esa canción, «Three stars», una especie de oración puesta en música. Pero entonces estas cosas pasaban desapercibidas. Y, además, en el escenario y en sus apariciones televisivas de esos días, Cochran se transformaba, era un tigre liberado de la jaula con una guitarra en las manos. Y aparentemente todo iba de perlas, el éxito era atronador y sus temas se encaramaron en lo más alto de las listas británicas, así como las ventas de sus discos.

»Su música era básicamente *rock*ailable, sobre una base clásica, donde destacaban sus solos de guitarra. Cuando atacaba el famoso “riff” de “Summertime blues”, el público sencillamente enloquecía.

Joan observó de refilón que el día iba humillando la cabeza tras los visillos. No quería importunar más al veterano músico, pero este no parecía tener intención de dejar

de hablar. Lo hacía moviendo aquellas manos de afilados dedos, como un director ante una orquesta invisible.

—Sin embargo, no tardé en percibir que algo no marchaba bien. Había visto a Eddie beber *bourbon* sin parar, como si con ello pudiera acallar los miedos y los fantasmas de su interior. Se trincaba una botella diaria. Y se le notaba nervioso, la sonrisa fría y ensayada, como si en realidad no estuviera allí.

»Una noche en que una maldita muela no me dejaba dormir, salí de mi cuarto con intención de conseguir un analgésico. Apenas había cruzado el pasillo cuando comprobé que la puerta de la salida de emergencia estaba entornada. Casi instintivamente me asomé por ella y allí estaba, arrebujaado en un abrigo, solo, sentado en las escalerillas metálicas con una botella en la mano. Al verme levantó la vista y me saludó, llevándose dos dedos a la sien. “¿Tío, estás bien?”, creo que le dije. Eddie encendió un cigarrillo y, sin dejar de mirar la gran ciudad iluminada, dijo: “Quiero volver a casa”.

»Me senté junto a él y estuvimos un rato sin decir nada. Luego miré la botella apesada en su mano. Estaba casi vacía. “¿Quieres?”, dijo. “Bueno, no creo que a mi muela le moleste”, contesté. Pegué un sorbo largo, pasando el líquido por la maldita caries, que pareció adormilarse al instante. “¿Tampoco puedes dormir?”, le pregunté. “Últimamente duermo poco”, contestó. Le comenté que era duro estar tan lejos del hogar y, sin mirarme, me confesó que estaba agotado. “Ya queda poco”, le animé. “Sí... Sharon vendrá en unos días. Será más llevadero con ella”.

»Sharon Sheeley era su novia de entonces. Una buena compositora. El 4 de abril era su cumpleaños y deseaban celebrarlo juntos. Creo que Eddie y ella querían regresar a EE.UU. para casarse. Ella lo conocía bien, sabía que estaba muy aferrado a sus cinco hermanos, que no le gustaba estar lejos y que no pasaba por su mejor momento.

Nick Prom hizo una pausa y se levantó del sillón, dejando en el cojín apenas una leve huella de su magro cuerpo. Encendió la lámpara que estaba junto a la ventana y la estancia se iluminó, mostrando de nuevo las fotografías y carteles que tapizaban la pared como las cabezas de ciervos y jabalíes en la casa de un cazador. Entonces echó una ojeada a su reloj, comprobando que en realidad no era tan tarde.

—¿Tiene usted prisa? —le preguntó a la mujer.

—No, no, en absoluto —contestó ella—. Solo que no querría molestarle más.

—Ah no, no me molesta —dijo, haciendo aspavientos como si espantara a una mosca—. Me gusta recordar aquellos años felices. Además, no a todo el mundo le gusta escuchar ni, desde luego, demuestra tanto interés por una guitarra. La gente olvida rápido, ¿sabe? Pero hay cosas que se quedan aquí dentro, en lo más hondo, y pueden incluso justificar una vida.

—¿Como encontrar la guitarra de Cochran, no?

—En efecto, como encontrar esta guitarra —dijo. Y abriendo cuidadosamente el estuche que reposaba a sus pies, extrajo el instrumento con la misma delicadeza con la que habría tomado en sus manos el Santo Grial—. ¿Quiere creer que aún no la he tocado ni una sola vez?